

lugares sagrados, donde les tributaron la veneracion correspondiente.

A S. Emila llaman algunos Emilia y otros Emiliano, siguiendo el breviario antiguo de Córdoba.

La misa es de la octava de la Natividad de la Virgen, y la oracion la que se sigue:

Te suplicamos, Señor, concedes á tus siervos el don de la gracia celestial, á fin de que á aquellos, para quienes fué el principio de salud el parto

de la bienaventurada Virgen, les dé un aumento de paz la votiva solemnidad de su nacimiento. Por nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epistola es del cap. 8 de los Proverbios, y la misma que el día VIII, pág. 184.

REFLEXIONES.

El Señor me poseyó al principio de sus caminos. Por toda la eternidad fué la santísima Virgen objeto digno de las complacencias de Dios por haber estado en gracia todos los instantes de su vida á favor de un privilegio verdaderamente singular; y por consiguiente haber sido siempre agradable á los ojos del Señor, y mirada siempre como hija querida del Padre, como verdadera madre del Hijo, y como esposa sin mancha del Espíritu Santo. Por los caminos de Dios se pueden entender aquellas obras ú operaciones divinas que se llaman *ad extra*; esto es, exteriores ó estrínsecas al mismo Dios, como la creacion de los ángeles y de los hombres, el inefable misterio de la Encarnacion, y aquellas maravillas ordinarias, por las cuales se manifiesta Dios á nosotros y nos habla. Poseyó, pues, Dios á María, amó Dios á María de un modo singular al principio de sus caminos; porque la tuvo presente en todas sus divinas operaciones, en todos sus misterios. Siendo el misterio de la Encarnacion como el último esmero de la bondad, de la misericordia, y de todo el poder de Dios, y habiendo de tener María tanta parte en este admirable misterio, no podia dejar de estar presente á sus divinos ojos, como la mas cumplida, la mas perfecta, la mas noble, la mas santa y la mas respetable de todas las puras criaturas. No hubo instante alguno de su santísima vida en que Dios no dijese de ella: *Tota pulchra es, amica mea, et macula non est in te.* Toda eres hermosa, amada mia, y no se hallará en tí

la menor mancha. Esto es lo que Dios ama, lo que Dios celebra, lo que Dios estima, y con esto mismo premia el Señor sus propios dones. Solo ama y solo aprecia Dios la inocencia. Aunque estuvieras dotado de las prendas mas brillantes; aunque Dios te hubiera colmado de sus mas preciosos dones, estimaria Dios estos mismos dones; pero cuando no es pura y santa la persona en quien los derrama, desprecia y aborrece á esa persona. Salomon estaba dotado de eminente sabiduría; Judas habia recibido el don de hacer milagros; pero Salomon y Judas mancharon su alma con la culpa, y en el mismo punto se hicieron execrables á los ojos de Dios, objeto infeliz de su mas terrible cólera. ¿Mas qué caso se hace, mi Dios, en el mundo de este preciosísimo tesoro, de esta inestimable prenda de la inocencia? Se la espone sin temor, se la sacrifica sin dolor, y se deja perder sin remordimiento. Sin embargo, ¿qué prenda merece estimacion sin este precioso lustre? ¿qué verdadero mérito puede haber sin inocencia? y sin la inocencia ¿dónde se hallará virtud? ¿El que está en desgracia de Dios debe gloriarse mucho de tener á su favor la estimacion y los aplausos de los hombres? ¿de qué servirán los favores de los grandes á quien es objeto de horror á los ojos de Dios?

El Evangelio es del cap. 1 de S. Mateo, y el mismo que el día VIII, pág. 186.

MEDITACION.

De la devocion á la santísima Virgen.

PUNTO PRIMERO. — Considera que solamente los herejes dejan de amar á la santísima Virgen, y solos ellos desapruueban el culto que se la rinde. Siendo enemigos del Hijo, era preciso que lo fuesen de la Madre. Por eso no sin razon canta la Iglesia cada dia que esta Señora sola esterminó todas las herejias: *cunctas hæreses sola interemisti.* Siempre nace el error con cierta secreta aversion contra la Madre de Dios, y necesariamente va derramando la herejia este veneno en el corazon de sus secuaces. Es cosa rara; por mas que los herejes se esfuercen á disimular su odio contra la santísima Virgen, siempre asoma la cara por entre los mismos elogios que algunas veces afectan tributarla. Son unas alabanzas secas y escarnadas, enteramente especulativas, que solo sirven para sufocar aquel culto interior, aquella devocion pura y práctica, aquel sincero y real amor que se la debe. Muy diferente es la conducta de nuestra reli-

gion. Todos los elogios que tributa á la Madre de Dios se dirigen á establecer su culto, y á inspirar en el corazón de todos los fieles una tierna devoción con esta Madre de los escogidos. No hay fiel, no hay cristiano verdadero que no tenga y que no sienta esta tierna devoción á la santísima Virgen. Se puede decir que todos los santos nacieron con esta confianza y con este amor. Ni esta verdadera devoción se reduce á meros elogios ó á expresiones puramente especulativas. Nace del subido aprecio, de la profunda veneración, del singular respeto y del tierno amor que nos inspira la religión á la Madre de Dios; y de aquí proviene aquel culto particular, que siendo á la verdad inferior al que se rinde á Dios, criador y dueño soberano de todas las criaturas, es de orden superior al que se tributa á los santos y á todos los espíritus bienaventurados, cuya reina es esta Señora. Y este es el origen de aquella ternura que todos los verdaderos fieles deben profesar á esta su buena madre, refugio de pecadores, su consuelo, su abogada, su medianera con el Salvador y su asilo; de aquella confianza en la que es madre de misericordia, cuya protección y cuyo poder estamos experimentando todos los días; de aquel zelo por honrarla y por dilatar su culto. Todas estas señales tiene la verdadera devoción á la santísima Virgen, y por todos estos rasgos se la ha de conocer. Es ilusión persuadirse á que para ser devoto de la Madre de Dios basta tener una devoción ordinaria, celebrar sus fiestas, y hacerla, por decirlo así, un poco de corte. La verdadera devoción se acredita con demostraciones menos equívocas.

PUNTO SEGUNDO. — Considera que para ser verdadero devoto de la santísima Virgen es menester huir todo género de culpas; es preciso vivir inocente y cristianamente. Siendo María la más pura de todas las criaturas, ¿cómo pudiera amar á una alma inficionada y apestada con la horrible hediondez del pecado? ¿qué ternura podría sentir respecto de una persona rebelde, desobediente á su querido Hijo, y su enemigo declarado? Siendo reina de los santos, solo ama á los que lo son, y á los pecadores que arrepentidos acuden á ella para serlo.

Es grande error imaginar que con solo rezarla regular y diariamente ciertas devociones, con alistarse en alguna de sus congregaciones ó cofradías, con manifestar y con tener zelo por su culto se puede contar en el número de sus hijos, aunque se viva días y más días en pecado. ¿Como es posible estar á un mismo tiempo en desgracia del Hijo y en gracia de la Madre? ¡Necísima extravagancia! Fuera de lo dicho, para ser verdade-

ro devoto de esta divina Madre, es menester tributarla todos los días algun culto particular, acudir á ella en todas nuestras necesidades, dirigirla regular y diariamente alguna fervorosa oración. Esta exactitud es una señal poco equívoca de la estimación, del respeto, del amor y de la confianza que tenemos en esta Señora. Tener devoción con la santísima Virgen no mas que á tiempos, con intervalos y en ciertas ocasiones, es devoción superficial, de humor y de capricho. La verdadera devoción es habitual y permanente, es de todos tiempos, en todos se acredita con las obras, y en todos da pruebas de su virtud. Uno de los principales efectos de esta ardiente y sincera devoción á la santísima Virgen es aplicarse á estudiar, meditar y copiar sus acciones, sus virtudes y su santísima vida. El vivo y eficaz deseo de imitar su pureza, su humildad, su caridad, su dulzura y su modestia, es la prueba más visible de la verdadera devoción. Si queremos ser verdaderamente devotos de la Madre de Dios, vivamos con una estremada pureza; hemos de tener una humildad sin artificio, una caridad sin acepción de personas, una dulzura independiente de casualidades, una modestia inalterable, y entonces poseeremos aquellas virtudes que caracterizan los verdaderos devotos de María, y nos pondrán á cubierto contra las ilusiones que frecuentemente se insinúan en la devoción.

Alcanzadme, Virgen santa, estas virtudes, sin las cuales nunca mereceré ser contado en el número de vuestros devotos. Bien sabéis, Señora, la sinceridad con que os las pido, puesto que las deseo con todo el corazón. Dignaos conseguirmelas por vuestra grande bondad.

JACULATORIAS. — Haced, Señora, que yo sea uno de vuestros verdaderos siervos. (*Luc. 15.*)

Siervo tuyo soy, ó Virgen santa, y en serlo toda la vida colocaré yo mi mayor gloria. (*Psal. 118.*)

PROPOSITOS.

1 Bien se puede decir que son muchos los devotos de la santísima Virgen; pero que hay poca devoción en muchos de estos devotos aparentes. Falsamente se usurpa este glorioso título cuando faltan las precisas calidades que requiere y en que se funda. Es la pureza como la base de la devoción á la santísima Virgen. ¿Cómo es posible que se la agrade sin esta hermosa virtud? Y sin agradarla, ¿cómo se puede ser devoto suyo? Sea, pues, esta inestimable virtud como el cimiento de tu devoción á la Madre

de Dios. Ella es madre de la pureza; cáusala horror un corazón impuro; aplicate á vivir constantemente con la mayor inocencia, y en conservarte en una pureza de alma y cuerpo á prueba de todos los accidentes y de todas las tentaciones.

2 No te apliques menos á imitar las demás virtudes de la santísima Virgen. La humildad fué siempre su virtud favorecida; la modestia constituyó en parte su carácter. Sé humilde, sé modesto si quieres ser devoto de la Madre de Dios. Es excelente medio para conseguir esta modestia y esta humildad pedírsela á Dios, alegando este mismo motivo de ser así mas devoto de la santísima Virgen. Aplicate desde hoy á conseguir esta humildad y esta modestia, aprovechando todas las ocasiones que suelen ser frecuentes; y cuando practicas los actos de humildad, de circunspeccion y de modestia, hazlo por imitar á aquella Señora á quien amas y á quien sirves.

DIA XVI.

MARTIROLOGIO.

LOS SANTOS CORNELIO Y CIPRIANO, pontífices y mártires, cuyo glorioso tránsito se celebra el día 14 de este mes. (*Véase su historia en las de hoy.*)

EL TRÁNSITO DE SANTA EUFEMIA, virgen y mártir, en Calcedonia; la cual en tiempo del emperador Diocleciano y del procónsul Prisco, por amor de Jesucristo superó los tormentos, las cárceles, los azotes, la invencion de las ruedas, el fuego, el peso de un peñasco, las fieras, las heridas de las varas, las sierras agudas y las sartenes hirviendo. Mas llevada otra vez al teatro y espuesta por segunda vez á las fieras, se puso en oracion pidiendo á Dios que recibiese su alma, y entonces una de las fieras le mordió su santo cuerpo, mientras las demás le lamian los pies, y así entregó su alma pura al Señor. (*Véase su vida en las de hoy.*)

LOS SANTOS MÁRTIRES LUCÍA, noble matrona, y GEMINIANO, en Roma; los cuales afligidos con gravísimas penas y atormentados por largo tiempo, habiendo merecido la loable victoria de su confesion, fueron degollados por orden de Diocleciano.

LOS SANTOS MÁRTIRES ABUNDIO presbítero, y ABUNDANCIO diácono, en Roma en la via Flaminia; los cuales por orden de Diocleciano emperador, fueron degollados á diez millas de Roma, juntamente con MARCIANO, hombre ilustre, y JUAN su hijo, á quien habian ellos resucitado.

SANTA SEBASTIANA, mártir, en Heraclea en Tracia; la cual convertida á la fe de Cristo por el apóstol S. Pablo, habiendo sido tentada su constancia por diversos modos en tiempo del emperador Domiciano y del presidente Sergio, por último fué degollada.